

ZARVIT



Como todos los días Zaryt se quedó rezagado en la salida de la manada en busca de alimento. Ya ni sus hermanos esperaban por él. Se había convertido en una carga para la familia y él lo sentía cada vez que miraban hacia abajo, desde el cielo, esperándolo.

Zaryt corría con todas sus fuerzas, todo lo que sus veloces patas le permitían, pero era imposible seguir el majestuoso vuelo de sus hermanos pegasos. Él también era un pegaso, fuerte y alto para sus 3 años, pero una de sus alas no se había desarrollado lo suficiente para permitirle alzar el vuelo y sobrevolar como los demás miembros de su manada, los verdes campos. Era de los más bellos del grupo, con el pelaje negro brillante y con la crin larga y ondulada, pero ninguna hembra se fijaba en él para formar pareja... porque no podía volar... y, ¿si no volaba? Sólo era un caballo y seguiría siendo un estorbo.

Zaryt se sentía tan mal que decidió irse. Por difícil que fuese abandonar a su familia más duro era sentir las miradas de pena en los ojos de los demás de su especie.

Partió al trote una lluviosa mañana, muy pronto y mientras los demás estaban aún durmiendo. Se fue sin mirar atrás y con los ojos cargados de lágrimas sin derramar. Trotó por horas, sin ningún destino, sólo quería alejarse lo más posible, le daba igual donde fuese o si llegaba a alguna parte. Sólo quería dejar atrás la pena.

Trotó y trotó hasta que sus patas empezaron a flaquear por el cansancio... Y cuando por fin, iba a pararse a descansar un dolor terrible le atravesó la pata. Un dolor intenso y afilado le subió recorriéndole todo el cuerpo. Miro hacia abajo y vio... un extraño aparato con dientes afilados clavados en su pata. No podía moverse, no podía avanzar y el dolor era insoportable. Agotado y dolorido cayó al suelo, dándose finalmente por vencido.

Pasaron horas y días, Zaryt estaba cada vez más débil, tan exhausto que apenas podía mantener la cabeza erguida. Una de sus orejas se movió, había oído algo. ¿Sería de nuevo ese lobo que le acechaba por las noches esperando darse un festín? Hasta ahora le había ahuyentado con resoplidos y coces pero ya no le quedaban fuerzas. Oyó de nuevo algo, un susurro de hojas y un jadeo... ¡que venga ese lobo, ya no resistiré!, pensó con los ojos cerrados y las crines tapándole la cara.

De repente notó algo húmedo, caliente, en su hocico y un lametón que le recorría el testuz. Abrió los ojos y con miedo vio, delante de él, una especie distinta de lobo, más bajo y peludo. Tenía tanto pelo que no se le veían ni los ojos, pero Zaryt no sintió miedo. Aquel animal no quería hacerle daño. De repente comenzó a ladrar y a lo lejos oyó una voz que gritaba.

- Neis!!!! Neis, ¿dónde estás? Ven aquí, Neis.

El perro desapareció y volvió acompañado de una humana. ¡Una humana! Este sí que era su fin... las historias de humanos que se contaban en la manada no acababan nunca con finales felices para los de su especie.

Pero cuando la humana llegó a su lado, Zaryt tampoco sintió miedo. Había algo extraño en ella. No lo miraba, en realidad no miraba nada pues sus ojos estaban empañados y vacíos. No veía nada, solo palpaba inspeccionando e iba recorriendo su cuerpo con las manos mientras murmuraba cosas que él no entendía, hasta que llegó a su pata. La humana paró sus manos en la trampa de cazador que tenía inmovilizada su pata y, mientras Zaryt soltaba un relincho de dolor, lo liberó.

El pegaso logró ponerse en pie confundido, y sin saber muy bien por qué, siguió cojeando a aquella extraña pareja, humana y perro guía, porque sabía que solo querían ayudarle.

Tras un largo camino llegaron a la casa de la muchacha. Una pequeña casa de madera en medio de una gran pradera. Guiaron a Zaryt hasta un establo lleno de dulce y olorosa hierba fresca y...con otros “pegasos” sin alas.

A Zaryt todo lo resultaba a la vez desconcertante y nuevo, pero estaba tan agotado y hambriento que comió hasta que en su tripa no entró nada más y después, plácidamente, se quedó dormido.

Durmió tanto que al despertar no sabía dónde estaba. Se puso en pie y sintió el dolor atravesándole su pata, fue entonces cuando lo recordó todo, la humana, la trampa, el lobo peludo... y miró a su alrededor con curiosidad. Al otro lado del cálido establo vio un viejo caballo que le miraba con ojos alegres y una joven yegua de largas crines rubias de la que inmediatamente se quedó enamorado.

De repente oyó un ruido y tras el perro, como siempre, la muchacha apareció con un gran caldero lleno de agua fresca y otro de paja. El perro le guiaba con su hocico donde tenía que verter cada cosa para no derramarla porque ese peludo además de su más fiel amigo, era sus ojos. Después de que Zaryt hubo saciado su apetito, la humana le curó con cuidado su pata herida, se la vendó con mucho mimo y tras esto les abrió la puerta del establo para dejarle que los tres caballos salieran a la pradera.

Primero salió Zaryt que se acercó lentamente al viejo macho mostrándole su respeto y después a la joven yegua rozándole el hocico a modo de saludo. Los tres relincharon enseguida reconociéndose y formando una nueva e inesperada familia. Aquellos caballos de establo y el pegaso que no podía volar...

- ¿Qué es lo que hacen, Neis? ¿Se han hecho amigos ya?- le preguntó la muchacha al perro. Y con un alegre ladrido y unos lametones, Neis le pidió permiso para irse a jugar con ellos al prado.
- Está bien Neis, vete a jugar... y portaros bien.

Durante los siguientes días y en aquella pradera Zaryt conoció el verdadero sentido de sentirse en manada. Aunque su manada fuese “diferente”, una familia en la que convivían a la vez pegasos, caballos, perros peludos y humanas. Conoció lo que era jugar, lo que era sentirse querido e integrado. Daba igual que no se pudiera volar, o que no se pudiera ver, o que fueses viejo o joven.

Y Zaryt por primera vez en su vida fue feliz...

- Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. ¿Te ha gustado cariño?- preguntó Miriam a su hijo dándole un beso de buenas noches en la frente.
- Es muy bonito mamá, pero tú crees... ¿Tú crees que algún día yo encontraré mi manada?
- ¿Lo dudas cariño? - preguntó la madre
- No lo sé mamá... muchas veces cuando mis amigos juegan a fútbol o a pillar, o salimos al patio en el recreo... también me siento como Zaryt, porque yo no puedo correr tan rápido, ni puedo chutar fuerte el balón con las muletas,...
- Siempre hay una manada para cada persona, y así como el pegaso encontró la suya tú también encontrarás un día la que a TI te haga feliz- le contestó la madre dándole un gran abrazo.



Fdo.:

Idodos

A blue handwritten signature, appearing to be a stylized, abstract scribble.